

como veremos, algunos nebulosos o desafiados relatos de lo que gustan denominar «viajes por el tiempo»; pero la mayoría de sus autores no piensan en el Tiempo, en absoluto, sino en posibles vías de desarrollo de nuestra sociedad, en guerras planetarias o galáxicas, en visitantes procedentes del espacio, etcétera.

Dando ahora vueltas en la mente a las ciento y una narraciones del futuro que he leído y recuerdo, excluyendo las de Wells, destacan dos sobre todas las demás, porque tienen originalidad, profundidad, un rasgo de genio. La primera—un libro que merece ser mucho más conocido de lo que parece ser—es *A Crystal Age* (*La edad de cristal*), por ese naturalista romántico llamado W. H. Hudson. La mayoría de los relatos sobre el futuro se limitan a extremar nuestras actuales tendencias, son enormes exageraciones de lo que está sucediendo ahora. Pero en *A Crystal Age* Hudson nos muestra un futuro que no puede deducirse del mundo contemporáneo, un futuro tan extraño y fascinante, tan ajeno a nuestras ideas convencionales, como muy bien podría ser el futuro.

El segundo de estos libros, más conocido que el de Hudson, es *Last and First Men* (*El último y primer hombre*), por W. Olaf Stapledon, a quien recuerdo con afecto. Para los lectores que no conozcan esta obra asombrosa, debo explicar (aunque Stapledon inicia su prefacio diciendo: «Esta es una obra de ficción») que pretende ser una historia de la Humanidad hasta un futuro inimaginablemente lejano, dos mil millones de años después de nuestros días. Es una proeza portentosa de lo que su propio autor denomina «imaginación controlada», llena de prodigios y maravillas, y, sin embargo, no una mera fantasía, singularmente conmovedora también en algunos pasajes. (La leí por primera vez, hace más de treinta años, durante un solitario viaje nocturno en ferrocarril, y ahora les sugiero que lo hagan a esos desvelados pasajeros que viajan de noche en un reactor.)

Pero, aunque Stapledon introduce en el relato varias «escalas de Tiempo», su intención era de tipo sociológico y filosófico. Lo cual me trae al punto que deseaba subrayar, a saber, que en estos dos descolantes relatos del futuro, obras maestras del género, el genuino factor Tiempo apenas existe. Se refieren al Hombre, no al Tiempo.

Hay otra razón por la que resulta difícil cualquier exposición relativa a la ficción y el

drama en torno al Tiempo. Es posible que hombres obsesionados con el Tiempo hayan escrito novelas y comedias en muchos idiomas. Pero, desde un punto de vista literario, puede considerárselas como obras menores, no suficientemente destacadas—o, por otro lado, no lo bastante populares—para ser traducidas en beneficio de lectores o aficionados al teatro de otros países. Algún novelista o dramaturgo polaco o yugoslavo o brasileño puede haber escrito algo que podría interesarnos aquí, a causa de su preocupación por el Tiempo. Pero descubrir e incluir aquí a todos esos escritores, examinar e informar luego respecto a su obra, extendería demasiado este capítulo.

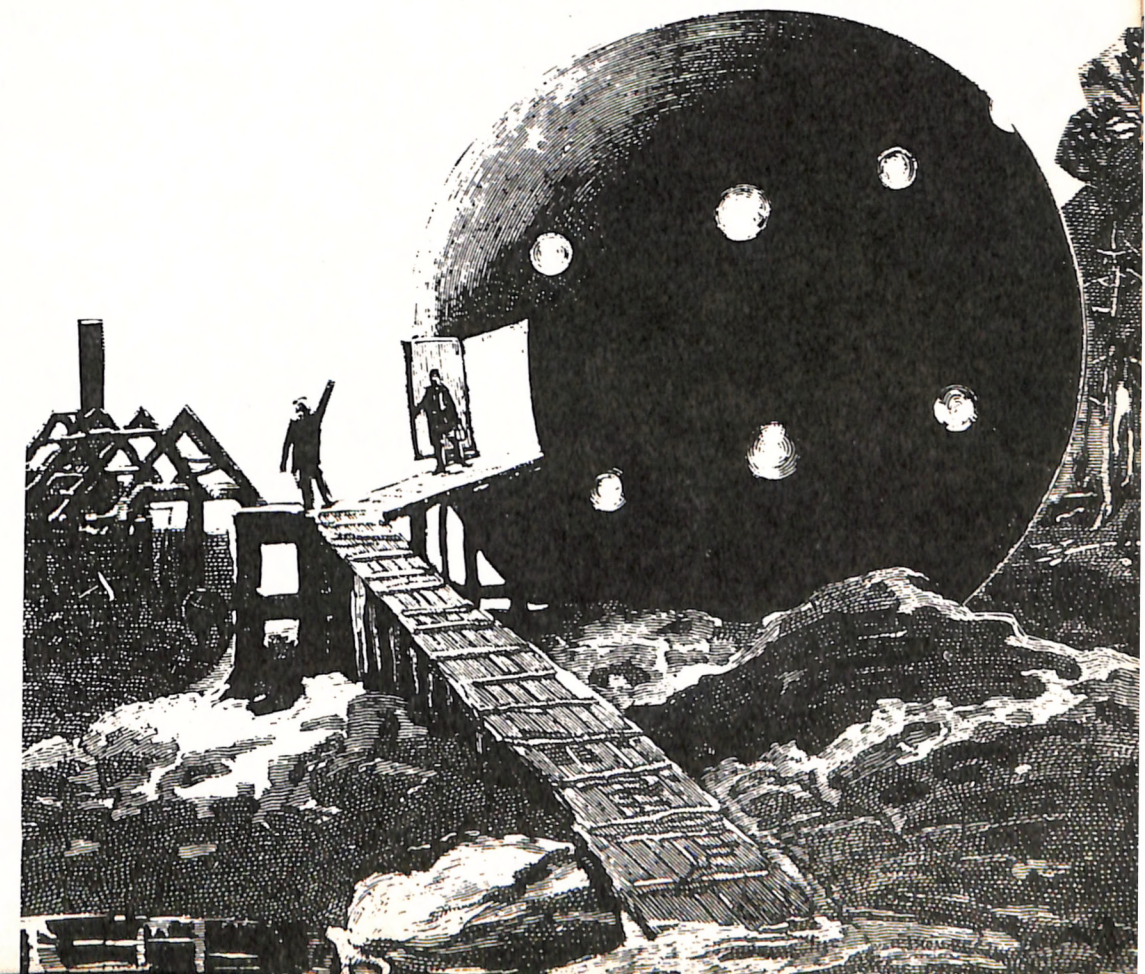
Por tanto, no puedo pretender incluirlo todo. Lo que haré será ocuparme de algunos ejemplos notorios y examinarlos a la luz de nuestro propósito, de ficción y drama en torno al Tiempo. Después de todo, nuestro tema es el Tiempo—o, quizá mejor, la relación del Hombre con el Tiempo—, y no la ficción y el drama.

Se ha dicho que la «literatura moderna» empieza con Baudelaire, y, en más de un lugar, Baudelaire declara su temor y su odio contra el tiempo cronológico, el tenebroso y voraz enemigo. Con este modernismo, parece llegar una ensalzada consciencia del Tiempo. Henry James utiliza, en efecto, temas sobre el Tiempo. Desde sus primeros hasta sus postreros poemas, W. B. Yeats se muestra intensamente consciente del Tiempo. Un crítico americano ha analizado la poesía de T. S. Eliot en función de tres niveles de tiempo. Thomas Mann, especialmente en *La montaña mágica*, sugiere la subjetividad del fluir del tiempo, ora corriendo veloz, ora deslizándose perezosamente, según nuestra clase de experiencia, como descubre en la montaña su Hans Castorp. El Stephen Dedalus de Joyce y el Orlando de Virginia Woolf, existen en más de un tiempo. Entre los novelistas norteamericanos contemporáneos, tanto Thomas Wolfe como William Faulkner son claramente hombres obsesionados con el Tiempo. Y yo diría que lo mismo sucede en Inglaterra con ese extrañamente subestimado novelador, rapsódico, pero juicioso, llamado John Cowper Powys. Pero el supremo novelista del Tiempo en nuestro siglo—y gran novelista en todos los conceptos—es indudablemente Marcel Proust.

La vasta novela de Proust se refiere, naturalmente, a las gentes, pertenecientes en su



Arriba, frontispicio de *Utopía* (1516), donde el estadista inglés sir Thomas More describe un Estado ideal, con su propiedad comunal, tolerancia religiosa, etc. Hoy, tales sociedades «utópicas» se describen a menudo en relatos de viajes por el espacio o el tiempo. A la derecha, ilustración de uno de los primeros ejemplos de ciencia-ficción, *A Plunge into Space* (1891), por el inglés Robert Cromie, el relato de un viaje a Marte.



mayoría a una sociedad de buen tono y estrechamente trabada; pero también se refiere al Tiempo, como su título, *A la recherche du temps perdu* [*A la búsqueda del tiempo perdido*], sugiere inmediatamente. En su juventud, debió de ser poderosamente influido por Bergson, con quien estuvo relacionado, pues mientras Marcel se desarrollaba, Bergson estaba más en boga que ningún otro filósofo francés antes o después de sus días. Pero resulta más sencillo y compensador ignorar a Bergson y considerar a Proust en función de nuestra indagación. Repito que es un gran novelista en todos los conceptos, pero debe mucho de su originalidad, atractivo y profundidad al hecho de que es realmente un novelista de Tiempo múltiple. Es un hecho que nunca admite él. Nunca se retira audazmente del aceptado sistema de existencia científico-racionalista admitido por la mayoría de los intelectuales contemporáneos. Y, una y otra vez (aunque especialmente en su volumen final), se ve obligado a mostrarse ambiguo, aferrándose a la metáfora para esquivar declaraciones concretas respecto al Tiempo.

Es posible, desde luego, que no tuviese tales declaraciones que hacer, que en teoría no pudiese rechazar la idea aceptada del Tiempo,